

nifiestan por la estima y el afecto, por la censura y por a frialdad de las personas que rodean al niño y á quienes él ama. La disciplina de la naturaleza no puede ser más que una preparación para la disciplina de los sentimientos y de las ideas.

## LECCIÓN XII

### LA DISCIPLINA EN GENERAL.

Disciplina preventiva. — Condiciones materiales de la disciplina. — Empleo del tiempo. — Principios generales del empleo del tiempo. — Clasificación de los discípulos. — Consecuencias disciplinarias. — Necesidad de una vigilancia rigurosa. — Trabajo de los maestros fuera de las clases. — Colaboración de los maestros con las familias. — Influencia moral de la familia. — Condiciones morales de la disciplina. — Cualidades de un buen maestro. — Influencia de las condiciones físicas. — Autoridad moral. — El espíritu de consecuencia en la disciplina. — La ligereza de los medios. — Fin superior de la disciplina.

**Disciplina preventiva.** — La disciplina no se basa solamente en un conjunto de recompensas y de castigos que se realizan después del hecho como sanciones para fomentar el bien y apartar del mal. La verdadera disciplina previene más que castiga ó premia. En una escuela bien organizada y cuyo maestro tenga las condiciones necesarias para asegurar su autoridad, no será casi preciso recurrir al castigo, y la recompensa resultará más bien como un acto desinteresado de justicia que como un medio disciplinario.

**Condiciones materiales de la disciplina.** — Todos los maestros saben cuánto les ayudan la regularidad y la ilación que introducen en los ejercicios escolares. Pestalozzi, que tenía tantas cualidades morales, que poseía en tan alto grado el arte de hacerse amar por sus discípulos, y que dedicaba á su servicio tanto celo y tanta adhesión, no supo nunca establecer una disciplina exacta, porque carecía de método y porque enseñaba de un modo desordenado, sin suje-

tar á reglas fijas la duración de sus lecciones ni el empleo del tiempo.

**Empleo del tiempo.** — « El empleo del tiempo, dice M. Rendu, es el principal medio de establecer la disciplina... La disciplina depende en gran parte de la enseñanza y del método (1). »

En Francia está fijado por los reglamentos el empleo del tiempo en las escuelas. Añadiremos que las circunstancias, las exigencias de tiempo y de lugar, y el adelanto relativo de los discípulos, deben establecer grandes diferencias entre unas y otras escuelas. No somos de los que sueñan con una uniformidad absoluta y quieren que todos los niños de las escuelas de un país se entreguen á la misma hora á los mismos ejercicios.

« La iniciativa de un maestro inteligente no puede ser paralizada por la inflexible rigidez de un reglamento. No pretendemos imponerles un *empleo del tiempo* como un torno que les apriete, sino que se lo presentamos como una regla para dirigirse. En el dominio de la enseñanza primaria más que en el de otra alguna hay, sin duda, que exigir regularidad, exactitud y espíritu de orden, pero conviene dejar algo á la espontaneidad, á la reflexión y al libre albedrío. Tememos la carencia de método, que conduce á la anarquía, pero detestamos la tiranía minuciosa que aniquila al hombre en el maestro y da á la educación maquinal el sitio debido á la inteligencia (2). »

#### Principios generales del empleo del tiempo.

— El empleo del tiempo no debe ser tan sólo arreglado de antemano por el maestro, sino que éste lo pondrá en conocimiento de los alumnos y lo fijará en un cuadro.

Sin entrar en la distribución minuciosa del tiempo, recordaremos los principios generales que resultan de lo dicho en los capítulos precedentes.

1º La clase debe ser repartida en varios ejercicios. Hay que renunciar en las escuelas primarias á las lec-

(1) M. Rendu, *Manuel*, etc., p. 58.

(2) M. Rendu, *Manuel*, etc., p. 32.

ciones prolongadas sobre el mismo asunto, que no son posibles más que en la enseñanza superior.

2º Cada sesión será interrumpida por el recreo ó por movimientos y cánticos.

3º En las escuelas de un solo maestro, éste entrará todos los días en comunicación con todos los alumnos de los tres cursos, de donde se desprende la necesidad de la *enseñanza colectiva*, que puede referirse á ciertas partes de la historia, la moral, etc.

4º Todas las materias deben entrar en la enseñanza diaria, siquiera sea preciso dedicar cortos momentos á algunas de ellas.

5º Los ejercicios más difíciles y que exijan más atención serán practicados en la clase de la mañana.

6º La duración de cada lección y de cada ejercicio no excederá habitualmente de veinte minutos ó media hora.

7º Toda lección y toda lectura irán acompañadas de explicaciones orales y de preguntas.

8º La corrección de las lecciones escritas y el recitado de las lecciones se verificarán durante las horas dedicadas á la materia á que se refieren. Las lecciones escritas serán corregidas en el encerado al mismo tiempo que se examinan los cuadernos. El maestro debe corregir las redacciones fuera de clase.

**Clasificación de los discípulos.** — Lo que daña á la disciplina y al adelanto de los discípulos es que estén reunidos en la misma clase y por la fuerza de las cosas alumnos muy desiguales por la edad, el grado de instrucción y el desarrollo intelectual. Esa desproporción y esas desigualdades producen con frecuencia el desorden. Nada más importante, por consecuencia, que la clasificación de los discípulos.

Así está mandado en Francia y esa regla se aplica según los cursos, no sólo en las escuelas que poseen varios maestros sino en las que tienen uno solo. En éstas la clasificación debe ser más rigurosa si es posible, pues el maestro único, obligado á asistir á

los tres cursos, debe poder contar más, ya con la iniciativa de los alumnos, ya con la ayuda de algunos instructores inteligentes.

**Consecuencias disciplinarias.** — Es evidente que la disciplina ganará con una organización pedagógica así arreglada, pues el discípulo se encontrará en las mejores condiciones para trabajar con orden y con provecho, estando sometido á una enseñanza que responde á sus fuerzas y á sus necesidades, reanimado por recreos frecuentes, sometido á una regla invariable que él conoce, no estando jamás desocupado, é instruido de antemano de lo que debe hacer en las diversas horas del día.

**Necesidad de una vigilancia rigurosa.** — Las reglas no bastan, sin embargo. El discípulo no es aún bastante dueño de sí mismo ni bastante enérgico y bien intencionado para seguir espontáneamente la marcha que le traza un reglamento. Hay que contar con los desfallecimientos de la voluntad, con el aturdimiento de la niñez, con la disipación, con la pereza y con el mal deseo. A la mirada vigilante de maestro corresponde asegurar la práctica de las leyes escolares. La disciplina es más fácil con un maestro activo que vigila todos los movimientos, que acecha las disposiciones, que corta con una palabra ó con una mirada una conversación que empieza, que reanima la atención en el momento en que se duerme, y que, en una palabra, está siempre presente en los cuatro rincones de la escuela y es, por decirlo así, el alma de la clase.

**Trabajo de los maestros fuera de las clases.**

— La vigilancia y la solicitud de un buen maestro no se detienen en las puertas de la escuela, sino que siguen al discípulo hasta su casa. Hábilmente, puede averiguar qué hacen los niños una vez en el seno de las familias y cómo se conducen en calles y caminos. De este modo asegurará el buen comportamiento y el silencio y el orden en la clase misma, pues los niños

muy disipados en casa y muy revoltosos en la calle, es difícil que se conviertan, al sonar la campana, en discípulos atentos y tranquilos.

El maestro contribuirá también á la buena disciplina por el trabajo personal que se imponga. Una lección bien preparada vale mucho más que muchos castigos para obtener la atención de los discípulos. Cuando el maestro, al llegar á la escuela, sabe bien lo que debe hacer y decir; cuando, penetrado del asunto, sigue su pensamiento sin esfuerzo, tendrá la garantía de que habrá de interesar á su auditorio, y libre, al mismo tiempo, del cuidado de buscar ideas y palabras y de organizar la clase en el momento y por una especie de inspiración, podrá vigilar más fácilmente á los niños, dedicarse por completo á ellos y no dejar pasar nada anormal en su conducta.

Añadiremos que para asegurar la disciplina en lo que respecta á la asiduidad y á la exactitud del trabajo, es particularmente necesaria la intervención del maestro. El niño de mejor voluntad se desanima si sus tareas, hechas con el mayor cuidado, no son jamás corregidas, no sólo porque las faltas permanecen ignoradas, sino porque la negligencia del maestro estimula y excusa la del discípulo.

**Colaboración de los maestros con las familias.**

— Los mejores maestros no pueden nada en materia de disciplina, sin la colaboración de los padres. «No hay mal sistema de educación que no se mejore por la intervención de la familia, dice M. Gréard, ni ventaja que no se pueda obtener con ella.» Rollin consideraba la participación de los padres en lo que interesa al desarrollo moral como uno de los resortes esenciales del gobierno interior de los colegios, y lo que es verdad en la segunda enseñanza lo es también en la primera. Es preciso que el maestro esté en relación constante con las familias y que las entere periódicamente del progreso, del trabajo y de los defectos de los niños. De aquí la utilidad de los cuader-

nos de correspondencia que se usan en Francia (1).

Dichosos los maestros que pueden colaborar con los padres y hacer que éstos les secunden y velen sobre las lecciones y estudios de los niños. Desde este punto de vista, los trabajos que se dan á hacer en casa tienen la doble ventaja de que obligan al discípulo á trabajar fuera de las horas de clase é interesan á los padres en los estudios de sus hijos.

Las tareas para casa deben, por otra parte, ser fáciles y no exigir un aparato de instalación que no podrían realizar muchas familias.

« Las tareas hechas en casa, dice M. Gréard, deben ser medidas con arreglo al tiempo muy limitado que los discípulos tienen después de la clase y sobre todo según la intensidad de los esfuerzos útiles que un niño puede realizar. No ignoro que imponiendo esas tareas los maestros no hacen más que responder á las peticiones de los padres que temen el ocio de la velada ó que aprecian el trabajo según la cantidad de papel que en él se emplea. Pero no debemos ceder á deseos poco ilustrados. Bueno es, sin duda, que los discípulos del curso superior estén ocupados por la noche en familia, que tengan que hacer una lectura de historia ó de geografía, que reproducir la explicación de las palabras tomadas de un análisis gramatical ó que resolver algunas operaciones de aritmética, pero á condición de que esos ejercicios no ofrezcan ninguna dificultad que desanime al discípulo entregado á sí mismo, que se refieran á la lección de que tiene presente el recuerdo y, sobre todo, que sean cortos. »

**Influencia moral de la familia.** — Lo que el maestro debe sobre todo pedir á la familia es que no contrarie sus esfuerzos, no contradiga su enseñanza y añada su acción más íntima y más personal á la que él ejerce.

« Tenemos derecho á esperar mucho del concurso efectivo de los padres por poco que quieran. No ignoramos que su perspicacia puede tropezar con grandes obstáculos y damos lo que es suyo á sus ilusiones y á sus debilidades. Á causa de su mismo cariño están expuestos á llevar demasiado lejos sus esperanzas

(1) Véase los interesantes detalles que contiene sobre esto el *Manuel* de M. Rendu, p. 75.

y á desanimarse demasiado pronto. Con frecuencia es necesario el parecer de un maestro hábil para restablecer la medida. Por otra parte, ¿quién está más cerca del corazón del niño que el padre y la madre? Ellos son los que mejor pueden darse cuenta de sus propensiones y de sus nacientes pasiones, distinguir sus cualidades, sus defectos y su debilidad radical de su resistencia obstinada, conocer su sensibilidad, sujetarle á las necesidades que se imponen y hacerle triunfar de las dificultades que sólo dependen de él; seguir con prudencia las crisis que detienen ó precipitan su desarrollo; tratarle en una palabra en todas sus transformaciones según su temperamento y darle el régimen que le conviene (1) ».

**Condiciones morales de la disciplina.** — La colaboración de los maestros y de los padres cuando van de acuerdo para corregir los defectos y desarrollar las cualidades de los niños, es una de las condiciones de la disciplina.

Otra condición es el carácter del maestro, su autoridad y su valor moral. Los reglamentos en cuanto á la disciplina, y los programas y los métodos en cuanto á la enseñanza, no tienen más que el valor que les dan los encargados de aplicarlos. Cuando se trata del gobierno interior de las clases, como de otras instituciones humanas, hay que pensar siempre lo mismo. Comencemos por tener los hombres y el resto nos será dado por añadidura.

**Cualidades de un buen maestro.** — Los tratados de pedagogía insertan largos cuadros de las cualidades de un buen maestro (2). No pensamos establecer aquí uno de esos catálogos en que las virtudes pedagógicas están numeradas y en que se exige que el maestro posea diez ó doce cualidades, ni una más ni una menos. Diremos solamente que el mejor maestro es el que dispone en mayor grado de cualidades intelectuales y morales, el que por una parte tiene más saber, más método, más claridad y más vivacidad en la exposi-

(1) M. Gréard, *Mémoire sur l'esprit de discipline*.

(2) En el *Manuel* citado, M. Braun pide, entre otras cualidades, que « el maestro sea inteligente. »

ción, y por otra es más enérgico, más adicto á su misión y á sus deberes y más afectuoso con sus discípulos.

Cada una de estas cualidades es un elemento de disciplina.

Un maestro cuya ciencia no es discutida, que no se embrolla jamás en sus lecciones y que habla con claridad, se hace escuchar religiosamente.

Un maestro del que se sepa que todos sus actos están inspirados por el amor á sus discípulos, no tendrá más que hablar para ser obedecido y reinará por la persuasión.

Sobre todo, un maestro firme, que posea la calma de la fuerza, inspirará á sus discípulos un saludable respeto que les impedirá faltar á sus deberes.

M. Guizot expresaba de este modo en 1833 las cualidades que debía tener un maestro de escuela:

« Todos los cuidados, todos los sacrificios serian inútiles si no consiguiéramos procurar á la escuela pública reconstituida un maestro capaz digno de la noble misión de instruir al pueblo. Nunca se repetirá bastante que la escuela vale lo que vale el maestro. ¡Qué dichoso conjunto de cualidades hace falta para hacer un buen maestro de escuela! Un buen maestro de escuela es un hombre que debe saber mucho más de lo que enseña, para enseñarlo con inteligencia y gusto; que debe vivir en una esfera modesta y tener, sin embargo, el alma elevada y la dignidad de sentimientos y de maneras que son precisas para obtener la confianza y el respeto de las familias; que debe poseer una rara mezcla de dulzura y de firmeza porque es inferior á muchas personas en un pueblo y no debe ser un servidor degradado de nadie; que debe no ignorar sus derechos, pero pensar mucho más en sus deberes; que debe dar á todos ejemplo y servir á todos de consejero, sin procurar salir de su situación, porque le permite hacer bien, y decidido á vivir y morir en el seno de la escuela y al servicio de la instrucción primaria, que es para él el servicio de Dios y de los hombres. Hacer maestros que se aproximen á tal modelo es empresa difícil y, sin embargo, hay que conseguirlo ó no habremos hecho nada por la instrucción primaria. Un mal maestro de escuela, como un mal cura, como un mal alcalde, son una plaga para un municipio. Estamos reducidos á contentarnos con mucha frecuencia con maestros medianos, pero hay que tratar de formarlos

buenos y para esto son indispensables las escuelas primarias normales (1).

**Las cualidades físicas.** — Las cualidades físicas del maestro no son de desdeñar como instrumento de disciplina. La estatura, la fisonomía y la voz desempeñan su papel en las clases. Pero es inútil insistir en estas cualidades que sólo dependen de la naturaleza. Lo que la voluntad puede conseguir es el aspecto general del cuerpo, la expresión de la cara, los movimientos y las actitudes.

« No toméis jamás sin una extrema necesidad, decía Fenelón, un aire austero é imperioso que haga temblar á los niños. Esa costumbre es con frecuencia afectación y pedantería en los que gobiernan. »

Sin exigir, como quería Fenelón, que el maestro tenga siempre la cara risueña y alegre, debe ser en general amable y afectuoso y evitar la pedantería y los aires despóticos.

**Autoridad moral del maestro.** — Las cualidades físicas son poca cosa al lado de las morales, principal elemento de autoridad. Á fuerza de paciencia, de energía y de actividad, un maestro, aun de figura desgraciada, puede llegar á tomar un gran imperio sobre sus discípulos. Un maestro no es digno de este nombre sino cuando se hace dueño de la clase por el ascendiente de su autoridad. Los medios de disciplina exteriores y mecánicos resultan casi inútiles en las escuelas cuyo maestro goza de una autoridad moral bien establecida.

« Dominar la voluntad de los niños, arraigar en su espíritu la convicción de que las órdenes y consejos del maestro *no pueden* ser desobedecidas, é inspirarles una confianza absoluta en su juicio, tales son las condiciones esenciales del buen gobierno de una escuela (2). »

(1) Guizot, proyecto de ley de 2 de Enero de 1833.

(2) Rendu, *Manuel*, etc., p. 91.

El maestro debe ante todo hacerse amar; el afecto es uno de los grandes resortes de la actividad humana. Por los que amamos lo hacemos todo y nos es muy fácil obedecerlos. El mejor medio de hacernos amar, es amar nosotros mismos. Pero el maestro debe también hacerse respetar y temer. La verdadera disciplina es una mezcla de dulzura y de severidad.

**La consecuencia en la disciplina.** — Uno de los motivos que debilitan más la autoridad del maestro, es el desorden, las incoherencias, las contradicciones que introduce en la disciplina. Un gobierno que pase del extremo rigor á la extrema debilidad y que tan pronto tolere el exceso de libertad como castigue las faltas más ligeras, es el peor de todos en educación como en política. Una vez establecida la regla, no hay que apartarse de ella jamás. Esta uniformidad invariable y nunca desmentida es difícil, pero necesaria. La educación actual, decía ingeniosamente J. P. Richter, se parece al Arlequín de la comedia italiana, que entra en escena con un paquete de papeles debajo de cada brazo. «¿Qué llevas debajo del brazo derecho? — Órdenes, responde. — ¿Y debajo del brazo izquierdo? — Contraórdenes.» Atraído así en sentidos diversos, confuso por esas órdenes que se contradicen y pensando siempre en escapar á un reglamento que no es imperiosamente observado, el discípulo se abandona y carece de guía.

**La ligereza de medios.** — Si es cierto por una parte que la disciplina debe ser inflexible, no es por otra menos necesario que sea ligera y variable en los medios que emplee. Todos los discípulos no tienen el mismo carácter ni las mismas disposiciones y lo que es para unos relativamente dulce sería para otros demasiado severo. Así como el profesor estudia la diversidad de inteligencias para encontrar su acceso y adapta su enseñanza al grado de receptividad de cada una, así el educador debe darse cuenta de la diferencia de caracteres y pesar el grado de fuerza ó debilidad

de cada temperamento, á fin de medir equitativamente la recompensa ó el castigo:

« Su objeto, dice M. Gréard, es seguir al niño á través de las fases diversas de su vida moral y asegurar el desarrollo de su vida particular en la vida común cuyas reglas sigue. »

Con unos habrá que ser siempre afectuoso y bueno. Con otros habrá que usar de rigor. Tan pronto habrá que excitar la naturaleza adormecida, como moderarla y contenerla. Con uno se hablará siempre á la razón; con otro al sentimiento.

**Fin superior de la disciplina.** — La disciplina no procura sólo el silencio, la compostura y el trabajo asiduo y exacto en las clases, sino que piensa en el porvenir y tiende á preparar hombres. Su fin, en cierto modo, es hacerse inútil. No se debe ejercer la autoridad escolar sino con la intención de hacer al niño independiente del yugo de toda autoridad exterior. No hay que soñar en una independencia absoluta de la persona humana. En todas las edades y condiciones el hombre tiene que obedecer á sus jefes en los ejércitos y en los talleres, á la ley y á sus representantes en sociedad. Pero esa sujeción necesaria no impide la libertad, que es la disciplina que nos imponemos á nosotros mismos, y el fin de la educación en todos los grados es hacer hombres libres.

Por eso una disciplina verdaderamente liberal no trata de fundar la obediencia en el miedo y en costumbres pasivas, sino se dirige á la actividad personal, á la voluntad, que respeta la dignidad del niño, que no humilla sino educa, que no ahoga las fuerzas naturales, sino las ejercita en gobernarse á sí mismas.

« Esta liberación reflexiva, que es el fin de la educación, dice M. Gréard, exige en el niño dos condiciones indispensables de trabajo interior; la reflexión y la actividad; la reflexión que se da cuenta y la actividad que se decide. Nadie llega á saber conducirse más que á ese precio.

« Aprovechar todas las aptitudes morales de la conciencia del niño y hacerle conocer las buenas y las malas direcciones; acostumbrarle á ver claro en su inteligencia y en su corazón, á ser sincero y verídico y á hacer poco á poco en su conducta como el aprendizaje de sus resoluciones; sustituir insensiblemente á las reglas que se le han dado las que él mismo se dé, á la disciplina de fuera la de dentro; libertarle, no de un solo golpe al modo antiguo, sino día por día, rompiendo á cada progreso un eslabón de la cadena que ataba su razón á la razón de otro; enseñarle á salir de sí mismo, á juzgarse y gobernarse como juzgaría y gobernaría á los demás; mostrarle, en fin, sobre él, las ideas del deber público y privado que se imponen á su condición humana y social: tales son los principios de la educación que de la disciplina escolar hace pasar al niño á la disciplina de su propia razón y que crea, al ejercitarla, su personalidad moral. »

FIN.

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

#### PEDAGOGÍA TEÓRICA.

#### LECCIÓN PRIMERA

##### LA EDUCACIÓN EN GENERAL.

Orígenes de la palabra educación. — La educación es propia del hombre. — ¿Existe una ciencia de la educación? — Educación y pedagogía. — La pedagogía y sus principios científicos. — Relación de la pedagogía y de la psicología. — ¿Existe una psicología del niño? — Relación de la pedagogía con las otras ciencias. — Diversas definiciones de la educación. — División de la educación en física, intelectual y moral. — Otra división fundada en el fin de la educación, ó sea en general y profesional. — La educación liberal. — El principio de la naturaleza. — ¿Qué se entiende por naturaleza? — Restricciones del principio de la naturaleza. — La educación por la libertad. — La educación por autoridad. — Poder de la educación y sus límites. — La educación y la escuela. — La educación en una república..... 9

#### LECCIÓN II

##### LA EDUCACIÓN FÍSICA.

Un espíritu sano en un cuerpo sano. — La educación física para el bien del cuerpo. — La educación física para el bien del espíritu. — La educación física como preparación para la vida profesional. — Principios de la educa-